

# SERVICIO ESPAÑOL

# DE INFORMACIÓN

# textos y documentos

Número 398

Barcelona, 6 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

## EL PUEBLO

español lucha porque se reconozca y se afirme la legitimidad de las decisiones emanadas de la mayoría de la opinión. Ninguna minoría, sean cuales fueren las banderas que despliegue, tiene títulos para imponerse a lo restante del país.

## Presentación de credenciales del nuevo Embajador de Méjico en España a S. E. el Presidente de la República

Ayer mañana, a las doce, se ha efectuado el acto de la presentación de credenciales del nuevo embajador de Méjico en España, don Adalberto Tejeda, al presidente de la República, don Manuel Azaña.

El representante de la nación mejicana fué al Palacio de Pedralbes acompañado del introductor de embajadores, D. Amós Salvador, y de su séquito, compuesto por el agregado militar D. Reinaldo A. Híjar, el capitán-ayudante D. Federico Zapoy Acosta, el cónsul general D. Alejandro Gómez Maganda, el secretario de Embajada D. Eduardo Luquin y el teniente de fragata Sr. Cano.

Al llegar al Palacio presidencial, rindió honores militares al nuevo Embajador el Batallón de la Presidencia de la República. Tanto a la ida como al regreso, fué acompañado por fuerzas de la Escolta Presidencial, que lucían uniforme de gran gala.

He aquí los discursos cambiados entre el Sr. Embajador y S. E. el Presidente de la República:

### Discurso del Sr. Embajador

SEÑOR PRESIDENTE:

Cumpliendo un alto encargo que sobrepasa mis merecimientos, tengo el honor de poner en manos de Vuestra Excelencia las Cartas que me acreditan como Embajador de los Estados Unidos Mexicanos ante el Gobierno de la República, así como las de retiro de mi distinguido antecesor.

Al iniciar con este acto mis funciones en la elevada misión que se me ha conferido, deseo, ante todo, significar a Vuestra Excelencia mi profunda satisfacción por el honor con que mi Gobierno me ha distinguido por el honor con que mi Gobierno me ha distinguido al designarme para representarlo ante el de esta pujante y heroica España, que con singular denuedo defiende su autonomía y sus instituciones contra la injustificable agresión de quienes pretenden imponerle normas opuestas a sus aspiraciones y a sus vitales intereses.

En el desarrollo de mi gestión, seguiré la línea inflexible que México se ha trazado en su vida de relación con los demás pueblos, ajustándose al leal cumplimiento de sus deberes de nación amiga, consecuente con su tradición histórica de respeto preciso e invariable a los postulados básicos del Derecho. Es por esto que el gesto mexicano de asistencia a un Gobierno amigo, emanado de la voluntad popular, ha sido inobjetable dentro del más puro e irreprochable criterio jurídico internacional, y por eso también, desde la primera hora de la tragedia española, México definió su conducta, aceptando sus consecuencias, consciente de su responsabilidad, impulsado por el fervor de sus esfuerzos en más de un siglo de su historia, para encauzar su existencia conforme a un régimen social de justicia y bienestar.

En ningún otro país como en México el alma popular se ha conmovido tan hondamente ante la dura prueba que soporta con ejemplar abnegación y valentía el pueblo español, debido a que la historia mexicana abunda en episodios muy semejantes y registra iguales angustias. Desde la guerra de Independencia — que tuvo los caracteres de una rebelión contra la opresión de una monarquía y una clase privilegiada de clérigos y señores como la que ha atormentado al pueblo español —, nuestra vida se desenvuelve en un continuo batallar contra invasiones extranjeras, contra un imperio de aventureros ayudados por traidores, que obligan

a la República a refugiarse en un jirón del territorio nacional, representada por el presidente Juárez, que con anterioridad había promulgado las leyes de reforma y que, con un puñado de patriotas, combate al invasor contra una dictadura que, por largos años, tortura al pueblo con las más hondas desigualdades sociales, y, por último, como en España ahora, fué preciso combatir y aniquilar a un ejército de pretorianos que, en contubernio con el clero y los acaparadores de la riqueza, asaltó el Poder, sacrificando al más alto representante de la nación. Pero, a través de esta larga contienda, en la conciencia nacional arraiga y se precisa una avanzada ideología revolucionaria, cuya magnífica realización alcanzamos en el presente momento de la vida mexicana, rebosante de satisfacciones y fecunda en esperanzas para la clase laborante.

España y México van, por trayectorias convergentes, hacia el mismo ideal, sustentando una doctrina social basada en los principios irrefutables que condicionan la vida, tanto en la singularidad como en la pluralidad de los seres.

El conflicto social surge del orden biológico como una consecuencia natural. Dos fuerzas de diferente dirección se manifiestan en el plano en que se desarrolla la vida humana: el instinto de conservación individual, que hace del hombre el objeto, la razón y el centro de gravedad de las concepciones del Derecho y la economía, y el instinto de conservación de la especie, que afirma y defiende el interés general, confiriendo a la colectividad los títulos preeminentes de un supremo fin.

La composición de estas dos fuerzas, o sea la determinación de su resultante, genera los fenómenos de nuestra ascendente adaptación orgánica, siendo su magnitud y desplazamiento angular los que determinan las modalidades que a través de la historia nos presenta la evolución del concepto de la justicia.

Corresponde al sociólogo y al político buscar la coordinación de los intereses que esas dos fuerzas representan mediante un proceso técnico, integral y humano, teniendo en cuenta que la resultante tendrá forzadamente que acercarse a la componente que representa el interés superior, que es el de la especie, es decir, el interés colectivo.

La ética contenida en las anteriores consideraciones impone, tanto al individuo como a los pueblos o entidades raciales, el deber de una fraternal y recíproca asistencia aplicada al bienestar y progreso de todos y cada uno, limpia de los exclusivismos y de las discutibles y arrogantes superaciones que han causado la zozobra en que el mundo se debate.

Por eso México recurre, en todas las ocasiones, a la conciencia universal, ya como miembro de instituciones internacionales, o bien por gestiones directas ante los Gobiernos de los demás países, abogando por el respeto a la soberanía y derechos del pueblo español y por el reconocimiento y afirmación de las legítimas prerrogativas de su Gobierno.

Es indudable que si, desde el principio de esta sangrienta contienda, se hubiese tomado esa determinación, la República habría estado en aptitud de restablecer la tranquilidad en el suelo español y no se habrían producido las graves complicaciones internacionales, que seguramente precipitarán al mundo en la más terrible de las hecatombes, si las normas establecidas para garantizar la justicia y la paz entre las naciones permanecen olvidadas por la institución a quien corresponde imponer su observancia.

En esta lucha de España, los defensores de la República lo son, a la vez, de las libertades humanas,

por lo que es de esperarse que sus heroicos sacrificios decidan a las democracias a rectificar el criterio que les impusieron la imprevisión y un superficial análisis de los motivos y el carácter del conflicto, cuyo desarrollo nos descubre sus aspectos de universalidad.

No puedo terminar sin expresar a Vuestra Excelencia, en nombre del Sr. Presidente Cárdenas y en el mío propio, el voto más sincero por el triunfo de las armas de la República como necesaria conclusión de este glorioso capítulo de su historia, escrito con la sangre generosa y fecunda del esforzado pueblo español, que lucha por el advenimiento de una era de paz y progreso, condicionados por la justicia y los derechos de la clase trabajadora.

### Discurso de S. E. el señor Presidente de la República

SEÑOR EMBAJADOR:

Me sirve de satisfacción recibir de vuestras manos las Cartas que os acreditan como Embajador de los Estados Unidos Mexicanos, al mismo tiempo que me hacéis entrega de las Recredenciales de vuestro predecesor. Pláceme dedicar, en esta ocasión, al señor don Ramón P. de Negri el recuerdo que las cualidades desplegadas en el ejercicio de su cargo merecen.

Acepto y agradezco, señor Embajador, las palabras de fraternal afecto que dirigís a la Nación española, sometida una vez más al destino de defender con las armas su independencia y su libertad, cuyo mantenimiento va ligado también, como otras veces, al del respeto al Derecho y a la paz universal, amenazada o rota.

Es muy exacto, señor Embajador, que México ajusta su vida de relación con los demás pueblos al leal cumplimiento de los deberes que impone la ley internacional. Reprueba la violencia. Reprueba la intromisión de poderes extranjeros en los asuntos interiores de un pueblo. Esta virtud es tanto más admirable cuanto más frecuentes son los casos en que la vemos olvidada. España conoce muy bien la pulcritud y la decisión con que el Gobierno y el pueblo mexicanos respetan y afirman los derechos de la República española, que no son otros que los de la Nación, en su conjunto, para decidir libremente el régimen a que quiere estar sometida. Así lo ha hecho en varias ocasiones durante los últimos años y así lo volverá a hacer en cuanto normalmente pueda ser convocada para el caso. El pueblo español lucha porque se reconozca y se afirme la legitimidad de las decisiones emanadas de la mayoría de la opinión. Ninguna minoría, sean cuales fueren las banderas que despliegue, tiene títulos para imponerse a lo restante del país. La fortaleza necesaria para hacer frente a las duras pruebas actuales se funda en esta persuasión, probada por la experiencia: la inmensa mayoría del pueblo español no quiere vivir sujeta a una voluntad despótica e irresponsable. Ningún régimen político, en ningún país del mundo, en ninguna época de la historia, cuenta, ni ha podido contar, con la adhesión unánime de todos los ciudadanos. Pero en el punto a que ha llegado el adelanto político en los pueblos civilizados, la convivencia pacífica con los disidentes o los descontentos siempre es posible bajo un Estado inteligente y tolerante que garantice la conciencia individual, la libertad civil y política, propugne la justicia social y, amparándola

con la ley, asegure a la personalidad del hombre el camino de su expansión y progreso.

Recordar que México ha conocido sufrimientos muy semejantes a los que ahora azotan al pueblo español es de vuestra parte, señor Embajador, una fineza. México no los olvida en estos momentos en que disfruta del bien inestimable de la paz. Es fiel a sí mismo, a su ser histórico. Vuestra experiencia propia os sirve para medir la profundidad de esta crisis española, y la resolución con que sostenéis el claro derecho del pueblo español no es solamente una actitud de la razón política y jurídica, sino un sentimiento caluroso. Es también cierto que al proceder así el Gobierno y el pueblo mexicanos, se percatan de la gravedad creciente que implican los ataques a mano armada contra la República española y del interés general en el pronto restablecimiento de la normalidad internacional.

Podéis estar seguro, señor Embajador, de que en todo momento hallaréis la mejor voluntad de mi parte y en el Gobierno español para facilitaros el ejercicio

de vuestra función, en la cual os ayudará también el sincero afecto con que este pueblo corresponde, como siempre, a las inequívocas pruebas de simpatía y solidaridad que recibe de México.

Acepte, señor Embajador, mi cordial bienvenida y los votos que hago por la ventura personal del señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos y por la paz y prosperidad de México.

## El Embajador de Méjico dedica frases cordialísimas a los españoles

En el local de la Embajada de México, el coronel don Adalberto Tejeda pronunció ante los micrófonos de los noticiarios cinematográficos españoles, las siguientes palabras:

«Es para mí muy grato dirigirme al pueblo de la España Republicana en el momento preciso en que acabo de poner en manos del Excelentísimo Sr. Pre-

sidente de la República española las cartas que acreditan como Embajador de México ante el Gobierno de España. Mi saludo y el de los trabajadores mi país es para los valientes defensores de la causa la República, por cuyo feliz éxito me complace formular, una vez más, mis mejores votos.»

Ante los aparatos de las casas americanas, pronunció estas palabras:

«Es un gran placer para mí dirigirme, con un cuantas palabras, al pueblo de los Estados Unidos América, el que ha permanecido fiel a su tradición de democracia y respeto a las instituciones legales. Estoy seguro de que el pueblo de los Estados Unidos de América es un buen amigo del pueblo español por lo tanto, no puede permanecer indiferente ante tragedia actual de España. Como Embajador de los Estados mexicanos y como un amigo de los trabajadores norteamericanos, salúdoles de la manera más cordial en el preciso momento en que he presentado mis cartas credenciales al señor Presidente de la República Española.»

### Simulación de justicia en los tribunales facciosos

## Paralelamente a la generosa serenidad de los tribunales de la República, ofrecemos el relato de un característico Consejo de Guerra celebrado por los fascistas en Teruel

(Por teléfono, de nuestro corresponsal en Valencia.)

**El procesado.**—Encorvado, decrepito, ralos sus blancos cabellos, este anciano, Jacinto de los Santos Aguilar, que durante veinte años fué guardia municipal en Teruel; ejercía su cargo con la comprensión indulgente y amable de viejecillo bondadoso. Era muy popular en la ciudad y, sin embargo, pocas personas conocían el nombre ni los apellidos de aquel apacible agente de la autoridad local. El pueblo le llamaba sencillamente «el guardia bueno» y así resumía la identificación personal y la simpática ejecutoria moral de aquel hombre con modesto uniforme, andar fatigoso y gesto invariable de afabilidad sonriente.

Su modesto sueldo de funcionario subalterno, le obligaba a aceptar ocupaciones eventuales que llenaban las horas en las que se hallaba franco de servicio. Se dedicaba al cobro de recibos por encargo de alguna entidad, transmitía recados en determinadas casas de comercio o redactaba cartas como memorialista de gente humilde que no sabía hacerlo por sí. Su fama de hombre servicial, honesto y discreto, le proporcionaba esas pequeñas ayudas, suficientes para satisfacer sus modestas necesidades económicas.

Así vivía, pacífico y feliz, ese viejo «guardia bueno» de Teruel, en la afectividad campechana del vecindario.

**Fundamento de una persecución.**—Esto fué hasta que, en la segunda quincena de julio de 1936, se produjo la rebelión militar fascista y la confiada capital del Bajo Aragón quedó dominada por los facciosos en armas. La plácida existencia de la ciudad se truncó repentinamente con la conmoción del terror, bajo la ferocidad persecutoria iniciada por los guardias civiles que, sublevados en distintos pueblos de la comarca, se habían concentrado en Teruel y, unidos a jóvenes falangistas armados y a otros elementos reaccionarios, procedieron a perpetrar el aniquilamiento de todo cuanto transcendía a espíritu liberal.

Un día, cuando Jacinto de los Santos llegó a la Casa-Ayuntamiento para empezar las horas de servicio, fué recibido con gesto hosco por las nuevas autoridades, quienes le comunicaron bruscamente que había sido declarado cesante y que, además, quedaba en situación de detenido. El «guardia bueno», anonadado al escuchar aquellas órdenes inesperadas, aventuró unas temerosas interrogaciones. ¿Qué daño había podido

ocasionar él, en su larga existencia de honradez y de bondad para todos? Su permanencia en el cargo durante veinte años, respetado en su puesto en las más diversas situaciones políticas, era el mejor título de su constante exactitud en el cumplimiento del deber, y su alejamiento de las luchas pasionales, que él había creído siempre que eran actividades para ser realizadas por los dirigentes de los partidos.

El militar designado como jefe de personal por las autoridades facciosas le fulminó una mirada hostil. Luego le habló con maliciosa sonrisa.

¿Conque el guardia Jacinto Santos no se había inmiscuido nunca en política? ¿Es que había olvidado que en algunas ocasiones había actuado como cobrador de recibos en el Círculo Radicalsocialista?

Balbuocé el interpelado unas justificaciones. Sí; era cierto lo que se le decía; pero él lo había hecho por ganar buenamente unas pesetas. Además, aquello había ocurrido hacía ya mucho tiempo, aparte el hecho de que muchos afiliados al Partido Radicalsocialista se unieron con las de Acción Republicana y constituyeron Izquierda Republicana.

El otro no le dejó terminar. Su interrupción fué rotunda: ¡Basta! Si quería salvarse, había de facilitar a las patrullas de «salud pública»—bandas fascistas encargadas de profanar hogares y detener a personas afectas a la República, que eran fusiladas horas después—los nombres y detalles que se le pedían referentes a todos los que habían sido afiliados al partido Radicalsocialista.

Al escuchar aquello, surgió en el «guardia bueno» su instinto de repulsión ante la acción delatora contra personas que se habían significado precisamente por sus ideas de redención del pueblo. El tono de su voz humilde adquirió de pronto una firmeza decisiva. Aquello que se le pedía era indigno de un hombre de bien y eso no lo haría él nunca.

Otra vez Jacinto de los Santos sintió sobre él la expresión agresiva de aquella fría sonrisa del militar y sus palabras agoreras. No había por qué comentar. ¡Ya vería el viejo guardia cómo las autoridades se encargarían de obligarle a que hablase, obedeciendo sus órdenes!

El «guardia bueno» fué sometido a amenazas, a vejaciones crueles. A veces los guardianes fascistas le hablaban con desenfadada sinceridad: no le habían fusilado ya, porque no perdían la esperanza de que él les fuese útil con sus noticias, que algún día acabaría por revelar.

**El Consejo de guerra.**—El día 7 de febrero de 1937, se celebró en Teruel uno de los Consejos de guerra. El banquillo de los acusados lo ocupaba el anciano Jacinto de los Santos Aguilar, contra el que el Fiscal militar formuló unas inexorables inculpaciones. El procesado era un amparador de rojos peligrosos, por lo que se le debía considerar incurso en el delito de rebelión y había de ser condenado a la pena de muerte.

Cuando los militares del Tribunal creyeron que ante aquella petición de pena máxima se desorbitarían de espanto los ojos del procesado, hubieron de fruncir el ceño al advertir que la mirada del «guardia bueno» no expresaba otro sentimiento que el de la resignación despectiva hacia quienes de aquel modo pretendían cometer una monstruosa injusticia, a la que él no podía oponerse.

**El testimonio irrecusable.**—A pesar de todo, las autoridades facciosas creyeron conveniente que se prolongase todavía la existencia de Jacinto de los Santos. La tenaz esperanza de que los sufrimientos en una hórrida prisión acabarían por derrumbar la fortaleza moral de aquel anciano y le impulsarían a facilitar los valiosos datos que se le pedían, dió lugar a aquella medida de dejarle vivir aún.

Y ahora, tras el emocionante episodio en el que dos de sus hijos, con otros soldados de la República le salvaron a él y a los demás compañeros de prisión, cuando ya los falangistas se dirigían a la cárcel para sacrificar a los reclusos, vive el «guardia bueno» liberado y es un testimonio irrecusable de cuáles son los procedimientos de crueldad y rencor con que los facciosos cubren de oprobio el concepto universal de la justicia.

### Los miembros de la escolta alemana del general Queipo de Llano, víctimas de un accidente

Gibraltar, 2 de marzo.—Un autocar que transportaba a la escolta alemana del general Queipo de Llano, volcó ayer cuando se dirigía hacia Sevilla, procedente de Algeciras. Tres hombres perdieron la vida y otros muchos resultaron heridos. Estos últimos fueron trasladados al hospital de Jerez. Todos los ocupantes del coche y el conductor, son de nacionalidad alemana.

(Agence Espagne.)

**EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.**

## Vandervelde elogia a la España republicana

**En España — ha dicho — existe un pueblo que se impone una disciplina formidable y que se halla unido para la victoria**

Bruselas, 4. — Hoy se ha reunido el Consejo del Partido Obrero. Después de una polémica entre Spaak y Vandervelde, el Consejo votó por gran mayoría un orden del día en el que se aprueba la política extranjera del Gobierno. Votaron a favor especialmente los representantes de los sindicatos.

La votación ha causado sensación, pues se esperaba precisamente lo contrario.

Se afirma en Bruselas que se ha hecho presión sobre el Partido Socialista, amenazándole, en caso de crisis, con una resolución anti-parlamentaria de la misma. — Agencia España.

Bruselas, 4. — En el curso de su intervención esta mañana en el Consejo general del Partido Obrero belga, Emilio Vandervelde hablando de España, dijo especialmente:

«En España existe un pueblo que se impone una disciplina formidable y que se halla unido para la victoria; un pueblo que ha salido del abismo de la ignorancia y se impone un prodigioso esfuerzo de cultura.»

El orador recordó después las circunstancias en que aceptó la política de «no intervención» siendo ministro, y cómo abandonó después el Gobierno, cuando comprendió que dicha política era inaceptable al ser violada por Italia y por Alemania. — Ag. España.

## Las aulas de los centros docentes zaragozanos están desiertas y por las calles de la ciudad hay más de veinte mil niños que dejaron de ir a las escuelas

El número de alumnos matriculados para este curso en la zona facciosa es tan exiguo, que ha producido sorpresa incluso a las llamadas autoridades académicas fascistas.

Ni el pretexto de la guerra, ni el que se hayan suprimido todos los Institutos de segundo orden, justifican el abandono de estudios por parte de quienes debían comenzar una carrera.

La Universidad y la Facultad de Medicina de Zaragoza están materialmente desiertas. Los profesores tienen ante sí un pequeño grupo de jóvenes, a los cuales explican la asignatura brevemente. En cambio, les hablan de fascismo en términos de odio e injuria a los antifascistas.

Al comenzar el curso, algunos elementos derechistas trataron de que fuera repuesto en la cátedra el conocido profesor de Derecho canónico don Juan Moneva y Puyol, destituido

por su protesta contra los asesinatos cometidos en los primeros tiempos del movimiento. La respuesta del llamado Ministro de Instrucción, de Salamanca, fué rotunda: «Ese señor dejó de ser catedrático para toda la vida».

En Zaragoza fueron abiertas cátedras de lenguas alemana, italiana y árabe, y si en los primeros tiempos hubo alumnos, ahora han disminuido hasta tal punto, que la de árabe desapareció, la de alemán no tiene más que seis alumnos y la de italiano diez.

Según datos conocidos por los profesores de Primera Enseñanza, en Zaragoza hay ahora unos 20.000 niños que no frecuentan las escuelas. Esta es la verdad de la vida zaragozana en función tan trascendental como la instrucción pública.

# La intervención italoalemana en España

El general Armengaud y el coronel Sweeny han publicado dos artículos en *L'Ordre*, en los cuales hacen un examen de la situación interior en los territorios de ambas partes contendientes y de las fuerzas militares leales y rebeldes.

De ambos artículos traducimos lo siguiente:

«En dos artículos me propongo estudiar la situación real de los dos adversarios, sacar conclusiones de este examen sobre sus posibilidades respectivas y tratar de prever las consecuencias de esta situación y de sus posibilidades. Los informes indispensables para este estudio los recibí, en lo que respecta al lado nacionalista, de fuentes dignas de la confianza más absoluta; en lo que concierne al lado republicano, las he recogido yo mismo en una visita de tres semanas, durante la cual examiné con toda libertad y con el mayor cuidado los elementos principales de la defensa nacional. Pude hacerlo gracias al Dr. Negrín, presidente del Consejo de la República española. Cuando le expliqué lo que quería hacer, dió orden de que se me mostrara todo, sin limitación. La orden fué estrictamente cumplida.

Sé preguntará tal vez, puesto que yo no obedecí a ninguna idea preconcebida, por qué no fuí sucesivamente al territorio de los gubernamentales y al territorio de los nacionalistas. O bien por qué no fuí con preferencia al territorio de los gubernamentales. Es evidente que sería muy difícil, si no imposible, visitar los dos frentes. No nos recibiría una parte después de haber visitado la otra. Además, yo tenía informes casi completos y seguramente exactos del lado nacionalista, en tanto que los que poseía de la otra parte eran muy contradictorios.

Después de estas explicaciones necesarias, emprendamos el estudio a fondo de la cuestión. Hoy examinaré la situación en el interior del país, en la retaguardia de los dos frentes, tanto desde el punto de vista político y gubernamental, como desde el social y obrero. En el segundo artículo, me ocuparé del problema propiamente militar y ofreceré mis conclusiones. ¿Qué representa Franco? ¿Cuáles son las fuerzas que le apoyan? Franco representa aquella parte del cuerpo de oficiales profesionales que siempre hizo política y que, hasta estos últimos años, tuvo la pretensión de dirigir al país. Los aguilucho españoles, si puedo permitirme la comparación con otro país, fueron, durante la Gran Guerra, ferozmente pro alemanes. A ellos se debieron los nidos de submarinos en las costas españolas y los múltiples torpedeamientos en las aguas próximas.

Este cuerpo, organizado en juntas de las diferentes armas, se concedió, poco a poco, grandes privilegios. Bajo el reinado de Alfonso XIII, por su acción política, ejercida por medio de estas juntas, llegó a ser la fuerza dominante en el país. Primo de Rivera trató ya de romper la potencia de las juntas. La República estaba resuelta a conseguir lo que el ex dictador no pudo lograr.

Detrás de Franco, hallamos, primero, a la Iglesia y a la antigua aristocracia que no se avienen a perder sus privilegios, no reconocidos por la República, y ven en una victoria nacionalista la vuelta de aquéllos. Luego, hay gentes más interesantes, reunidas por el deseo y la voluntad de librar a su país de la tiranía comunista y de un odio feroz al sistema parlamentario. Acabo de nombrar a los requetés y a los falangistas.

Los requetés, llamados antiguamente carlistas, son monárquicos, conservadores y tienen horror a las ideas liberales y sociales de la Europa de los siglos XIX y XX. Partidarios de una monarquía autoritaria apoyada por la Iglesia, sienten casi tanto desprecio por la monarquía de Alfonso XIII como por la República de Azaña.

Los falangistas, por el contrario, son radicales, socialistas, casi comunistas, aunque enemigos encarnizados de estos últimos. «Contra el comunismo, contra el

capitalismo» es su grito de guerra. Hay en su título oficial, «Falange Española de la Junta de Ofensiva Nacional-sindicalista», toda una doctrina, tanto política como económica. Cuando se reflexiona sobre ello, se queda uno maravillado de verlos al lado de Franco en esta guerra civil. Sus correligionarios están más bien del otro lado de las trincheras. Deben encontrarse a menudo desplazados.

Del lado social y obrero, muy pocos informes precisos salen de la España nacionalista. Sabemos solamente que, en el campo, el propietario de la tierra, que bajo la República corría el riesgo de ver su dominio repartido entre sus campesinos, está ahora libre de esta inquietud. En las ciudades, grandes y pequeñas, los sindicatos y toda acción obrera no aparecen por ninguna parte. Están en período de organización algunas obras sociales, que revelan una tendencia nueva. Sin embargo, el país está bajo el régimen de la ley marcial, estricta y firmemente aplicada.

Veamos ahora qué hay al otro lado de la línea de fuego. Aquí nos encontramos una República liberal y social. Su Presidente representa a la nación; el Presidente del Consejo, nombrado por el de la República, gobierna con la colaboración de los demás ministros; las Cortes legislan. En suma, sistema parlamentario con todas sus cualidades y todos sus defectos. Este Gobierno, fundado después de la abdicación de Alfonso XIII, en el año 1931, estuvo en manos de los partidos del centro y de la derecha hasta las elecciones de 1936. Esta consulta, efectuada bajo el dominio de un ministerio conservador, fué una victoria absoluta para los partidos de izquierda.

El Gobierno actual, presidido por el Dr. Negrín, catedrático de la Universidad de Madrid, es un Gobierno liberal, socialista, con la participación y el apoyo de los comunistas. El Dr. Negrín me aseguró que sus tropas y sus cuadros estaban bien disciplinados y llenos de buena voluntad.

La situación social es todo lo normal que puede serlo en plena guerra. La propiedad privada es respetada. Los bienes de los particulares que se unieron a la revuelta o que abandonaron el país, han sido requisados. A aquellos que se sometieron al Gobierno o a los emigrados que han vuelto al país, se les han restituido los bienes.

Las iglesias están cerradas. No hay vida religiosa visible. El Gobierno lo siente, pues ansía que los sacerdotes vuelvan a sus parroquias. Comprométense solemnemente a protegerlos cuando se haga sentir la necesidad de sus servicios.

En la España republicana, el obrero trabaja de 56 a 62 horas por semana. En el trabajo a máquina se suceden tres equipos cada ocho horas, durante los siete días de la semana. En los demás empleos, el obrero trabaja nueve horas diarias, durante seis días de la semana, y ocho horas el séptimo día. Está convencido de que esta es su guerra, la guerra que debe aportarle la libertad y el bienestar. Quiere ganarla y hace cuanto puede para ello.

\*\*\*

Estudiada ya la situación política, económica, social y obrera de los dos adversarios, me propongo exponer la situación militar.

El Ejército de Franco se compone de elementos heterogéneos de calidad desigual. De los 16.000 oficiales de carrera del Ejército español que había antes de la insurrección, 12.000 se unieron a Franco. Entre éstos se hallaban casi todos los generales, los jefes del Estado Mayor y la inmensa mayoría de los coroneles y tenientes coroneles.

En cuanto a las tropas, vemos en primera línea a los regimientos llegados de Marruecos: regulares, tiradores y legionarios. Han tomado parte en todos los ataques y han sufrido mucho. Se han cubierto las bajas con elementos tomados de todas partes y de calidad dudosa.

Luego vienen los requetés y los falangistas, elementos muy diferentes, de composición y de ideal, como ya he explicado. Los primeros, monárquicos totalitarios, parecen haber perdido un poco de su entusiasmo desde la victoria del Norte sobre sus enemigos personales los vascos y los asturianos. Muéstranse mucho menos ardientes para la ofensiva contra los aragoneses y los catalanes.

El ideal de los falangistas — «contra el comunismo, contra el capitalismo» — es otro. Les lleva a continuar la guerra hasta la destrucción total de un gobierno, que, para ellos, está podrido de comunismo y de anarquía. Es interesante preguntarse cuál sería su reacción si pudiesen darse cuenta de que la República actual es tan democrática y liberal como la República francesa.

El general Franco creyó en una victoria rápida y fácil. Ante la resistencia inesperada y tenaz de los republicanos, se vió en la necesidad de establecer el servicio militar obligatorio para completar sus unidades. Las tropas formadas con estos soldados forzosos, no han producido más que decepciones. Su calidad es muy mala; para mejorarlos un poco, se les ha encuadrado con oficiales y suboficiales italianos o con suboficiales procedentes de la Legión o de las tropas moras. La experiencia no ha dado, desde luego, ningún resultado apreciable. Franco no confía en estos elementos.

Viene, por último, el elemento más sólido del ejército nacionalista: el elemento extranjero. Los italianos llegaron en unidades constituidas, teniendo a su frente, como jefes de cuerpo de ejército o de división, a oficiales del ejército regular. Los oficiales de Estado Mayor y los de los diversos cuerpos habían tenido ya la experiencia de la campaña de Abisinia.

La infantería está formada por voluntarios de las organizaciones de los «camisas negras». La artillería, los carros de asalto, los transportes motorizados y la aviación se componen de unidades destacadas de las fuerzas armadas nacionales. Todo esto no les impidió sufrir la grave derrota de Guadalajara. Sus adversarios republicanos no les tienen en gran estima.

Todo lo contrario ocurre en lo que respecta a los alemanes. Mucho menos ruidosos que sus aliados los italianos, son, ciertamente, más eficaces. No han enviado ni infantería ni artillería, excepto la antiaérea. Pero han proporcionado cuadros excelentes. Los Estados Mayores de ciertos cuerpos de ejército y de división de la Reichswehr han realizado períodos de instrucción en España. Un servicio de información, unido a un servicio de abastecimiento de submarinos, en previsión de una guerra contra Francia e Inglaterra, se halla en período de formación.

Con este mismo fin, se han trazado planes para posibles operaciones en la frontera de los Pirineos. El campo español de experimentación ha sido especialmente útil a la aviación. El material de caza, de bombardeo, de reconocimiento y de asalto ha sido ensayado y perfeccionado. La aviación de caza está formada por Messerschmitts y Heinkels. La de bombardeo, por Heinkels y Junkers.

Algunos de los raids realizados por estos últimos, han sido particularmente mortíferos. No daré más que un solo ejemplo de ellos. El 30 de enero, cayó una bomba sobre un hospital de niños en Barcelona. Los enfermitos, en número de cien, fueron trasladados a refugios contruidos bajo el jardín. Después del bombardeo, fueron retirados ochenta y tres, asfixiados. La bomba contenía, probablemente, hierro penacarbonil. Al producirse la explosión, este último desprende monóxido de carbono, gas de los más mortíferos, porque nada revela su presencia, ni el color ni el olor. Aun en dosis pequeñas, provoca una asfixia mortal. Además, siendo más pesado que el aire, se infiltra en los subterráneos.

La aviación de asalto fué de las más eficaces. Ella fué especialmente la que,

según opinión de los republicanos, conquistó el País Vasco y Asturias.

Aquí, es preciso hacer una observación. Estas tropas, compuestas únicamente de italianos o alemanes bajo su dirección exclusiva; estos carros de asalto, montados por italianos o alemanes; estas aviaciones, estos Estados Mayores y estos servicios de información y abastecimiento de submarinos, revelan al ejército de ocupación que, habiéndose apoderado de su presa, no tiene la intención de soltarla tan pronto.

Pasemos ahora a los republicanos. El Ejército es muy diferente; es casi completamente nacional; el elemento extranjero — brigadas internacionales — no está formado más que por diez o doce mil hombres.

La infantería republicana, compuesta en parte de elementos reclutados en las antiguas compañías de milicias y de voluntarios, es superior a la de enfrente. La artillería, por el contrario, no puede soportar la comparación.

En los aires, las fuerzas gubernamentales son menos numerosas que sus adversarias las italianas y alemanas. Están formadas por pilotos casi todos españoles, generalmente muy jóvenes, animados de un espíritu notable y, en el combate, de una solidaridad perfecta.

Las unidades están bien mandadas y el material se conserva de manera perfecta. El conjunto es llevado con verdadera maestría; la economía de las fuerzas se practica con gran cuidado, a fin de permitir las acciones en masa en el punto más importante y en el momento más oportuno. A pesar de su inferioridad numérica, a pesar de la tarea aplastante que les incumbe, las fuerzas aéreas gubernamentales hacen frente a las del adversario sorprendiéndolas muy a menudo por la audacia de sus operaciones y el valor de sus ataques.

El Ejército de tierra es verdaderamente imponente por sus efectivos y por el número de sus divisiones. La moral es buena en la tropa y muy alta en los cuadros. Este Ejército se instruye trabajando y combatiendo. Atrévase, desde ahora, a atacar para entorpecer una ofensiva de conjunto del adversario, como lo hizo en agosto y en septiembre, o para impedir este ofensiva, como acaba de hacerlo en Teruel. Sería temible y, sin duda, victorioso, si contase con una proporción conveniente de artillería.

El Gobierno está decidido, y su voluntad es también la del Ejército, a seguir batiéndose, aun si la situación se hiciese desesperada. De grado o por fuerza, tal es, por el momento, la voluntad del pueblo. No se vislumbra una transacción.

Son las operaciones, los ejércitos los que decidirán. Por el momento, son los nacionalistas los que llevan la ventaja, porque están ayudados por aliados decididos. Hay que preguntarse, pues, en primer lugar, si existe actualmente, para los nacionalistas, la posibilidad de ganar rápidamente la guerra, y luego, si el eje Roma-Berlín tiene interés en reforzar sus medios de guerra para derrotar en breve plazo a los gubernamentales.

\*\*\*

Con esto termina mi exposición, sobre sus diferentes aspectos, de la situación política, económica y militar de España a ambos lados de la línea de fuego. Ha llegado el momento de sacar conclusiones.

Si la situación relativa sigue siendo como es, no parece que la guerra esté próxima a terminar.

Los acontecimientos anteriores no demuestran que el ejército nacionalista sea claramente superior al ejército republicano. Tiene, es cierto, dos elementos de superioridad: mejores cuadros, más artillería; sin embargo, en las ofensivas de Brunete y de Belchite, y aun en la de Teruel, los gubernamentales resistieron los contraataques, conservando una parte del terreno que habían conquistado.»

(«L'Ordre», 1-II-1938.)

# La represalia sin fronteras

Mucho se ha escrito sobre el terror «franquista», que en los dieciocho meses de guerra sigue iluminando lívidamente la España sometida. Pero sobre él habrá que escribir más todavía. La barbarie alcanza atroces dimensiones. En el fondo de esos pueblos españoles no fluye la vida sino como espejo borroso de la muerte; es un mundo de espectros el que se agita sobre el friso de las procesiones y los desfiles militares. Ahora ya no corresponde morir solamente a los hombres del Frente Popular, a los marxistas y a los republicanos; caen también las gentes de posición indefinida, los que trataban de ser neutrales en la lucha civil, sin renunciar por eso, a ser humanos.

Yo evoco el caso de este amigo mío de la primera juventud que acaba de ser fusilado junto a las tapias de un cuartel en una ciudad del Norte. No era militante de los partidos de izquierda. Joven, culto, de un gran prestigio social, mimado desde niño por la fortuna, era simplemente un profesional del derecho. Había viajado mucho por Europa y América, y si bien es cierto que sintió en la adolescencia veleidades republicanas, como una reacción natural de su espíritu cultivado, al casarse con una señorita de la alta burguesía, entró en esa zona templada de los profesionales prestigiosos que contemplan con escepticismo las luchas políticas, como si, en efecto, su posición y su prestigio les colocasen por encima de ellas. Cuando surgió la rebelión, fué un espectador de la contienda. Vencida ésta en la ciudad donde residía, tampoco hizo nada por congraciarse con los dirigentes del Frente Popular. A pesar de ser un burgués tipo, los «rojos» no le molestaron para nada. Sufrió las contrariedades lógicas de una situación de guerra, y cuando las familias de algunos fascistas procesados acudieron a él para encomendarle la defensa de éstos ante los Tribunales populares, aceptó el encargo y actuó libremente logrando, incluso, algunas absoluciones. Ocupado al fin todo el territorio de la región por los intervencionistas extranjeros y sus cómplices y evacuada la ciudad por las fuerzas de la República, el abogado de esta historia permaneció tranquilo en su despacho; pensaba que su «neutralidad» sería respetada por los fascistas y en todo caso que aquella labor suya en defensa de ciertos personajes de derecha serviría para avalarle. Pero horas después de la entrada de los rebeldes fué detenido y más tarde fusilado. Los verdugos de Franco descubrieron que años atrás había sentido vagas simpatías por la República y eso bastaba para decretar su muerte.

Hasta ahí llega la consigna del exterminio. Ya no se sabe cuáles son para los facciosos las fronteras de las represalias, ni a dónde alcanza su loco empeño de eliminar españoles. Querrían escudriñar en las circunvoluciones de un cerebro para sorprender el germen de una idea de libertad y extirparla fulminantemente. Caen las mujeres, los hijos, los hermanos, los parientes de los hombres de izquierda; pero no basta esa vengativa vendimia para saciar la voracidad de los asesinos. Se busca la víctima indeterminada que pueda sentir atravesada su conciencia por un destello de justicia. Este

frases de sangre hace recordar la vesania de los grandes criminales, que, asustados de sus propios crímenes, siguen matando, atacados por la psicosis del pánico. Cuenta un biógrafo de Rosas, el tirano argentino, que éste sufría atroces pesadillas; sólo se calmaba cuando le daban cuenta de algún nuevo fusilamiento. En la conducta de los facciosos existen indudablemente motivaciones políticas; pero también las hay psicológicas. Franco sabe que en toda la zona que ocupa—que ocupa, pero no domina—existe una sorda insurrección contra su dictadura; ha de prolongar el terror indefinidamente para sofocarla. Sin embargo, el hecho de que sucumban en la represión gentes de ideas moderadas, personas políticamente inofensivas contra las cuales no pueden existir presunciones de agresión, prueba que existe la complacencia morbosa en el desmán, una especie de desenfreno patológico dictado por el miedo.

Los hechos van demostrando que nadie puede encontrar piedad, y mucho menos justicia, en los desalmados vasallos del fascismo internacional. Los que han pensado en desentenderse de esta lucha con la esperanza de encontrar acogida benévola en el campo faccioso, tendrán que llegar a esta conclusión; allí no hay cuartel para los neutros, ni siquiera para los simpatizantes pasivos que aporten ciertos escrúpulos morales. Franco exige un minimum de vileza para colaborar en su movimiento. No admite que haya más que dos géneros de españoles: los que han hecho un dogma de la libertad humana y los que dicen, con Hitler, que no existe la moral, sino la fuerza. Un viento insano de esterilidad, de odio y de veneno sopla en el meridiano de las dictaduras, que han de alimentarse de la muerte, como los buitres. Los españoles que anhelaban paz y trabajo y sufrían de pronto el deslumbramiento del autoritarismo, olvidando que si existían era porque existía la libertad, se encuentran ahora con la dura enseñanza de esta guerra donde se liquidan los últimos mitos. El enemigo no combate sólo a la República, ni se declara incompatible con un sistema político determinado; trata también de estrangular las grandes verdades del sentimiento, estrujar los corazones heridos, para que ni una sola gota de emoción quede flotando sobre el río de sangre de sus crímenes. Quiere infrahombres que desconozcan el valor de la patria, la pureza de los principios morales, el sentido inmanente de la civilización.

No tardarán mucho en venir a nosotros, al lado de esta España que no quiso entregarse, los recelosos y los tibios. Vendrán, porque aquí está el hogar de los ideales permanentes, el suelo pródigo que transforma en fruto las fermentaciones de la pasión humana. Nosotros hacemos la guerra, pero no la amamos. Todo el odio del pueblo se quema en ella, porque nuestra lucha es de purificación y no de exterminio. La República es tan fuerte que en medio de la guerra puede permitirse el lujo de ser humana.

J. DIAZ FERNANDEZ

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

## El pasado, el presente y el porvenir de nuestro protectorado en Marruecos

Los facciosos hoy sólo se imponen por el terror

La República, generosa, reparará los daños que allí se causan

El problema de Marruecos, en relación con nuestra lucha, tiene una actualidad evidente. A este propósito, don Argimiro Maestro de León, director general de Marruecos y Colonias, ha hecho extensas manifestaciones, tanto de índole descriptiva en relación con el panorama anterior de Marruecos, como a su situación actual y a las posibilidades que para España ofrece en el futuro:

—La zona del Protectorado español —ha dicho el señor Maestro—era antes de la rebelión un país de condiciones admirables, geográficas e históricas, de las que debimos hacer, hace muchos años, una verdadera joya de gran valor político, en lo social, en lo económico e incluso en lo militar. Tal papel no supieron o no quisieron comprenderlo los hombres que rigieron nuestro país hasta la proclamación de la República. Los altos comisarios pasaron o como relámpagos o como huracanes. Ignoraban lo que significaba Marruecos para España. Sólo les llevaba allí la ambición. El mismo desinterés o apatía había en las altas esferas de Madrid. Rodeaba

a los altos comisarios una burocracia sin formación, rutinaria y, en muchos casos, inmoral. El ejército que actuaba en Marruecos era, al igual que la burocracia, un parásito. Hubo algunas excepciones, pero la mayoría, por unas razones o por otras, vivieron en medio del «far-niente» africano, vacíos de espíritu. Escaseaban los soldados y abundaban los jefes. Las únicas tropas eficientes, bien dotadas y alimentadas, eran las fuerzas indígenas, para las que eran todos los halagos.

Después de la pacificación, la vida del Protectorado siguió lánguida. No se hizo ningún esfuerzo para transformarla. La colonización no era más que un esbozo, torpemente intentado en beneficio de ciertas empresas extranjeras. Los colonos españoles eran escasísimos. Estaban descuidados, casi abandonados por completo, la Sanidad, la Instrucción Pública, que no llegaba a las cabilas, y las Obras públicas, que se reducían a las indispensables. Ni un pantano, ni una empresa grande. Se puede afirmar que España sólo se desprestigia-

ba ante el indígena, que seguía padeciendo la misma vida mísera de sus abuelos.

La República, al implantarse, se encontró en el Protectorado con los vicios y defectos de esta situación. Generosa, no recurrió a procedimientos tajantes. Al no emplearse el remedio indispensable, la ambición y la locura desenfrenadas provocaron la traición incalificable. No corresponde ahora hacer consideraciones sobre las consecuencias de nuestra imprevisión, sino ponerlas remedio. Esto es lo que persigue nuestro pueblo, que, dirigido por los hombres superiores que el destino nos ha deparado, lucha ahora por su honra, su libertad y su vida.

Nadie ignora el papel que la zona de nuestro Protectorado y las plazas de soberanía han representado para la participación extranjera que invade nuestro suelo. En la gran partida, quizá mortal, en que locamente puede precipitarse Europa, el Mediterráneo occidental, y por lo tanto no sólo España, sino el Marruecos español,

## Nuevos crímenes de la aviación facciosa

A las cinco de la mañana, nuevamente la aviación pirata ha volado sobre Barcelona arrojando varias bombas. Es la cuarta vez, en el espacio de nueve horas, que los aviones italoalemanes de Franco atacan la ciudad.

Planeando a gran altura, algunos aparatos han cruzado a lo largo del perímetro de Barcelona. Las baterías antiaéreas del servicio de defensa contra aeronaves han hecho un fuego nutridísimo contra los piratas.

Esa nueva y cobarde agresión de que ha sido víctima la población civil, ha producido indignación por la criminal contumacia puesta en práctica por los aviadores rebeldes. Barcelona no ha dormido, y cuando esta mañana, los obreros se dirigían al trabajo, nuevamente la metralla alemana ha caído sobre la ciudad, ocasionando una decena de muertos y varios heridos entre esos mismos obreros.

## ¡Hay que «españolizar» la zona rebelde

Para conseguirlo, los fascistas han instalado escuelas italianas en las que se prohíbe a los niños españoles hablar su idioma nativo

Hendaya. — Está plenamente comprobado, por informes dignos de crédito, que los llamados «nacionalistas» españoles han instalado en Granada y Sevilla escuelas en las que profesores italianos dan lecciones de su lengua nacional.

El sistema aplicado obliga a que ninguno de los alumnos hable en español desde el momento que entra en clase. Está prohibido utilizar el idioma de España, según han declarado los profesores, «por conveniencia de los alumnos, los cuales asimilarán más fácilmente el idioma que deben aprender, al no intercalar en las conversaciones nada que pueda distraerles del objeto de su reunión en el aula».

Pronto comenzarán a funcionar otras escuelas en varias poblaciones andaluzas.

Las mismas referencias dicen que los alumnos matriculados son pocos: todos ellos hijos de personas dependientes del Estado faccioso, que de no hacerlo así serían tildadas de tibieza por el fascismo, lo que podría perjudicarlas hasta motivar una destitución, que las dejaría en situación económica deplorable.

han de jugar, si esa situación llegase, un papel importantísimo.

Proporcionará Marruecos su suelo, sus aguas y sus costas. Otra cosa no puede dar. Ya los rebeldes han agotado o están a punto de agotar, por los medios de recluta más crueles, a los hombres útiles. No quedan en aquella desdichada tierra, más que niños y ancianos. Los indígenas fueron al infierno de la guerra, por codicia, por miseria. Los raros que vuelven, mutilados, llevan a los demás el gran desengaño y su miseria es aún más profunda. Los campos están yermos, abandonados; sin ganado ni pan; no queda a estos infelices más que el hambre y la desesperación, contenida por la amenaza o por el terror. Pocas cosas puede dar la zona española, si se exceptúa el hierro del Rif, que ahora aprovechan los alemanes. Los recursos mineros son muy escasos; el comercio insignificante y la agricultura, nula.

Sin embargo, para España hoy, lo mismo que para sus amigos mañana, un trozo de tierra tan pequeño como es nuestro Marruecos, tiene gran importancia. Allí repercuten todos los acontecimientos internacionales. Por tal valor indiscutible, el Gobierno de la República ha concedido y concede gran atención a cuanto allí ocurre, aunque la opinión, atenta a lo que ocurre en los frentes de batalla, pueda creer otra cosa. La zona del Protectorado es un fruto que está madurando y que caerá, aunque corrompido y destruido, intacto, en las manos nobles de la República cuando la victoria llegue.

No reinan los facciosos en el Marruecos español. Allí sólo impera el terror y la fuerza, que tan difícil es de mantener cuando tiene por base, como ocurre en este caso, la más terrible decepción, el descontento, la miseria. Nosotros debemos saber esperar. Y esperar luchando aquí en España, como lo hacemos, con todos los recursos de nuestra alma y de nuestro cuerpo. El Protectorado se derrumbará solo antes de lo que se piensa y no nos costará ni una gota de sangre, ni una peseta, conseguir que vuelva al regazo generoso de la República que tanto tendrá que reparar y curar allí...

Para conseguir el objetivo supremo de la victoria, es preciso, como tan admirablemente acaba de decir el Presidente del Consejo, trabajar y trabajar sin descanso, rabiosamente en las trincheras, en las minas, en las fábricas, en el campo. No solamente aquí, en nuestra España, sino fuera de ella.

Y la contribución que los buenos y verdaderos españoles de todo el Africa del Norte han de aportar cada día con más decisión y más coraje, imitando a los que aquí llevan el peso de la lucha, en esa terrible guerra de liberación contra traidores y contra invasores extranjeros, es importantísima. Yo la presiento, porque los conozco bien. Yo conozco bien a los españoles del Marruecos francés de Argelia y de Túnez. Conozco sus sentimientos y su capacidad para el trabajo. Han transformado inmensos territorios, haciéndolos ricos y fecundos. El deber de estos elementos ahora—termina diciendo el director de Marruecos y Colonias—es agruparse como un solo hombre, más disciplinados que nunca, más obedientes que nunca, tras las autoridades representativas de la República para fortalecerlas y alentarlas en la obra a realizar, que ahora ofrece dificultades superiores a las de otras ocasiones, pero que, por ello mismo, es más honrosa: representar al Gobierno, política y sus designios, y velar por los intereses todos de España.

(«La Vanguardia», Barcelona, 5 de marzo de 1938.)

Las informaciones que publica este

DIARIO

responden siempre

a la veracidad más

estricta